

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

En los tres grandes textos de esta solemne liturgia, aparece la misma escenografía espacial. En la página de apertura de los Hechos se desarrolla de inmediato una trayectoria vertical: desde el monte de los Olivos, el Cristo Pascual asciende hacia las nubes del cielo, desde el horizonte terrestre su figura penetra en los infinitos horizontes celestes.

En el texto paulino aparece también esta línea vertical: desde el sepulcro cavado en la tierra, Cristo sube a su trono divino; desde el reino de la muerte y del final, pasa al reino de la vida y del infinito.

En la grandiosa aparición pascual que sella el evangelio de Mateo encontramos también este trazado vertical, pero esta vez en dirección descendente. De hecho, desde lo alto de su poder que abraza cielo y tierra, Cristo hace descender a sus discípulos puestos en un monte de Galilea su última palabra, raíz de la misión de toda la iglesia.

Es exactamente, siguiendo este canal abierto entre la tierra y el cielo, que podemos comprender el significado de esta celebración, despojada de aspectos demasiado materialistas, estratosféricos, astronáuticos.

La mamá, ante la pregunta de su hijo sobre dónde está Dios, le indica con el dedo hacia lo alto; los antiguos templos babilónicos, los *zikurat*, reproducían en forma estilizada un monte que apuntaba hacia lo alto, al igual que muchos montes en el día de hoy, tienen una cruz o un monasterio.

Simbólicamente, el cielo siempre ha sido considerado como la residencia de Dios, su área perfecta; mientras que nosotros los hombres somos relegados a la planicie de la tierra, anclados en la plataforma de nuestro horizonte.

La ascensión de Cristo al cielo es, entonces, con toda su simbología espacial, la proclamación gloriosa de la resurrección, de la superación de parte de Cristo, de nuestro límite humano. Cristo, el Hijo de Dios, bajó del área divina penetrando en la planicie de lo humano, de sus criaturas; caminando por sus caminos, caído en una de sus tumbas.

Con la pascual Él rompe las prisiones de la tierra a las cuales toda la humanidad estaba atada, y retornando de nuevo a la patria de Dios y se lleva consigo las criaturas; por eso Pablo en la carta a los Efesios dice *“por esto, está escrito, ascendiendo al cielo se ha llevado consigo a los prisioneros y ha distribuido dones a los hombres”* (4, 8).

Lucas en Los hechos define a Jesús como **guía** y **cabeza** que abre este caminar que dura a lo largo de toda la historia y que conducirá a toda la humanidad hacia Dios.

Por tanto, después de la ascensión, ninguna criatura sigue prisionera para siempre en las estrechas fronteras de las cosas ni en los confines de nuestro planeta; ahora toda criatura puede abrirse al absoluto y al infinito con todo su ser.

Con la Ascensión, Dios ha hecho ver al mundo y a los hombres, a la creación y a las criaturas, que ellos ahora ya tienen a él; para comparecer delante de su rostro ya no tienen necesidad de renunciar a su cuerpo, deben solo renunciar al pecado.

En este sentido se debe entender la llamada que desde lo alto Cristo nos dirige en el Evangelio de Mateo: *“Hagan discípulos a todas las naciones bautizándolas y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado...”* A través de la adhesión a Cristo en la fe y en el compromiso de amor, nosotros somos arrancados del polvo de la tierra, de la pesadilla del final y del silencio, y hemos sido introducidos en la morada y en la vida de Dios.

San Juan lo presenta de esta manera: *“me voy a prepararles un puesto –ha dicho Jesús la última tarde de su vida terrena- para que donde esté yo, estén también ustedes”* (Jn 14, 2-3).

Los caminos del evangelio, del bautismo y de la justicia inician en las praderas de la tierra, pero llegan a los pastos eternos del cielo...